EL 24 DE DICIEMBRE

ó

LA ABOLICION DE LA ESCLAVITUD,

drama de gran espectáculo, en tres actos, original y en verso,

DE

D. JOSÉ MAZO.

Escrito espresamente para solemnizar el acto de la abolicion del esclavo.

Precio: 8 reales.

MADRID:
IMPRENTA DE PEDRO ABIENZO,
CALLE DE LA PAZ, NÚM. 6, LIBRERÍA.

1873.

EL 24 DE DICIEMBRE

ó

LA ABOLICION DE LA ESCLAVITUD,

drama de gran espectáculo, en tres actos, original y verso,

DE

D. JOSÉ MAZO.

Escrito espresamente para solemnizar el acto de la abolicion del esclavo.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. LURRAS

N.º de la procedencia
2434

MADRID:
IMPRENTA DE PEDRO ABIENZO,
CALLE DE LA PAZ, NÚM. 6, LIBRERÍA.

1873.

PERSONAJES.		ACTORES.
AMPARO (hija de D. Manuel).....	SRA.	MOLINA.
CLEMENTINA (mulata).....		ESTRELLA.
NIÑO 1.º (negro).....		GOMEZ.
D. MANUEL } (opulentos dueños de in-	SR.	VIVÓ.
D. MATEO.. } genios).....		GARCÍA.
ALBERTO (teniente de marina).....		CARRION.
BALTASAR (capitan negrero).....		CÓO.
GASPAR (capataz de ingenio).....		FERNANDEZ.
JUAN..... } (negros).....		ALTARRIBA.
DOMINGO }		
NEGRO 1.º.....		POZO.
NEGRO 2.º.....		IBAÑEZ.
UN NEGRO.....		N. N.
UN NEGRITO (1.º).....		N. N.

Esclavos, capataces, voluntarios de la Isla, piratas, niños, etc.

La accion figura en Puerto-Rico.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con quienes se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El propietario se reserva el derecho de traduccion.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL CONSECUENTE Y DIGNO CIUDADANO

COSME ECHEVARRIETA,

DEL CLUB REPUBLICANO DE BILBAO.

Juntas escribieron nuestras plumas en el primer periódico republicano que vió la luz en Bilbao, y juntos quiero que aparezcan nuestros nombres en la primera página de esta modesta produccion.

Su único mérito consiste en ser defensora de una de las santas ideas encarnadas en el credo político que con tanta bizarría has venido defendiendo en la tribuna y en el campo.

Recibe, pues, esta débil muestra del entrañable afecto que te profesa tu buen amigo y correligionario

El Autor.

725663

ACTO PRIMERO.

Decoracion figurando un ingenio.—Verja al fondo, palmeras, jarrones con flores tropicales, bancos, etc.—Varios negros en las faenas campestres.

ESCENA PRIMERA.

AMPARO sentada y leyendo un periódico; CLEMENTINA, su esclava, de pié.

AMP. «El gobierno nacional,
genuina espresion del pueblo,
en el propósito firme
de libertar á los negros,
sin que le arredre la saña
de los partidos opuestos,
llevará á nuestras Antillas,
dentro de muy breve tiempo,
las reformas que reclaman
la ilustracion y el derecho.»

CLEM. ¡Será verdad, señorita!
¿Sucederá así en efecto?
¿Será posible que al fin
nuestra libertad logremos?

AMP. No lo dudes, para siempre
vá á cesar el vil comercio
que de vuestra sangre hacian
los hombres, en menosprecio
de la humanidad. ¡Ya es hora
que brille el astro sereno
de libertad y justicia
para todos!...

CLEM. Ya era tiempo.

Verdad es que á vuestro lado
libres estamos viviendo;
don Manuel, veinte años hace
que nos tiene en este ingenio,
y todos agradecidos
le llaman el blanco bueno;
nos aprecia como hermanos:
él no reconoce siervos.
No es lo mismo el ambicioso
de su amigo don Mateo,
pues trata mucho peor
á sus esclavos, que á perros.
Despues de que en esta Isla
sus millones ganó, haciendo
una venta de las que él
acostumbra con los negros.
Despues de que su caudal
y su hacienda debe á ellos,
los quiere tratar á palos;
pero gracias á los buenos
amigos de don Manuel,
los negritos serán puestos
en libertad, trabajando
por un tanto en los ingenios,
y entonces se morirá
de rabia, de sentimiento.

AMP. Es un hombre poderoso,
despótico y altanero;
frecuenta mucho la casa,
pues creido de su aprecio,
mi papá, como vecino,
aunque en ideas opuesto,
no le parece prudente
el mostrarse desatento
con él.

CLEM. Crea, señorita,
que con motivo le tengo
cierta prevencion, que en vano
del alma desechar quiero.
Es un mal amigo, y todo
de su perfidia lo temo.

AMP. No desconozco la idea
que predomina en su pecho.
Envidioso de la dicha
de los demás, y avariento,
á mi buen padre la boda
suya conmigo ha propuesto,
fundado en que su caudal,
unido al que en dote llevo,
formarán una fortuna
considerable en extremo.
Pero no conseguirá
sus egoistas proyectos,
porque antes de unirme á él,
quedar soltera prefiero
toda la vida.

CLEM. ¡Eso no!
Ni es justo, ni lo deseo.
Si no hay en su corazon
para mí ningun secreto;
si os mereci desde niña
el más distinguido aprecio;
si sé muy bien que adorais
á un jóven marino esbelto,
que tan pronto como logre
ser capitan, en efecto,
á vuestras plantas pondrá
su corazon, de amor ciego...

AMP. Por Dios, Clementina, guarda
el más profundo silencio...
á nadie digas...

CLEM. ¡Señora!
Yo sé pagar vuestro afecto
con gratitud; no temais,
que á nadie enteraré de esto.

AMP. Mi padre no se opondrá
á mis amantes anhelos;
huérfana quedé hace años,
y desde entonces, sujeto
á mi voluntad, no hace
más que lo que yo deseo.

CLEM. El novio se lo merece,

porque es todo un caballero,
eso sí, ¡qué corazon
tan hidalgo, tan sincero!
Al hijo de su criado
Juan, á quien compró pequeño,
le dió libertad, llevándole
hasta la Córte, y haciendo
de él un muchacho instruido
y de regular talento.
¡Así es que Juan le idolatra
como á un hijo!..

AMP. Y yo le tengo
en estima, porque es
de fidelidad modelo
para su amo.

CLEM. ¡Él se acerca!
¿Qué pretenderá?

AMP. Te ruego
que nos dejes un instante.

CLEM. Me lo ordenais, y obedezco.

AMP. No, te lo suplico.

CLEM. ¡Gracias! (Váse.)

AMP. Ya sabes que yo no ordeno.

ESCENA II.

AMPARO y JUAN (negro), con un ramo de flores y quedando en último término.

AMP. No comprendo la razon
del ánsia que esperimento,
ni por qué motivo siento
agitado el corazon.

JUAN. ¡Señora!...

AMP. Pasa adelante.

JUAN. Vuestra indulgencia reclamo:
más de parte de mi amo
vengo á obsequiaros galante.
Me encargó que sus favores
á vuestras plantas rindiera,
y que en su nombre os trajera
estas caprichosas flores.

Que más tarde aquí vendrá,
conforme su pecho anhela,
y antes de darse á la vela
con vuestro padre hablará.

AMP. ¿Será posible que parta?

JUAN. Tengo seguros recelos
de que sí.

AMP. ¡Qué veo! ¡Cielos!
¡No me engaño! ¡Es una carta!
«¡Flor de regalada esencia! (Abre y lee.)
¡Angel bello de ternura!
¡Adorable criatura
aliento de mi existencia!
Próximo estoy á partir,
á cruzar el ancho abismo
del mar; por lo tanto, hoy mismo
quiero tu mano pedir.
La pureza de esas flores,
que recogí con pasion,
emblema sagrado son
de mis cándidos amores.
No más la duda taladre
mi corazon; oir quiero,
si de nuestro amor sincero
es gustoso tu buen padre.
¡En mí no cabe falsía!...
Deseo antes de emprender
un nuevo viaje, saber
si á mi vuelta serás mia.
Si no hay doblez en tu amor,
confiesa de una vez todo
á tu padre, que es el modo
de conseguir su favor.»
¡Conque nos vá á abandonar!

JUAN. Señora, el sólo destino
y la mision del marino,
es en el mundo viajar.

AMP. ¡Que le supliques exijo
que no sea tan cruel!
¿Y tú partirás con él?

JUAN. Dió libertad á mi hijo

despues de haberle educado;
él es mi vida, mi aliento,
y ni siquiera un momento
me apartaré de su lado.
Él, con mano cariñosa,
calmando así mis enojos,
cerró al espirar los ojos
á mi desgraciada esposa.
Gemíamos bajo el yugo
de un tirano capataz
que azotaba nuestra faz
y que era nuestro verdugo.
Un dia de vacacion,
¡que tengo en el alma fijo!,
estaba yo á nuestro hijo
enseñando una oracion,
y en vez de premiar el celo
que como padre mostraba
cuando lecciones le daba
de religion y consuelo,
de mi lado lo apartó
sin piedad, y bruscamente,
con el látigo en la frente
á mi pobre niño hirió.
Desde entonces, la verdad,
con la venganza soñaba,
y una ocasion acechaba
buscando la libertad.
Por fin, un dia intenté
poner término á mis penas,
y huyendo de las cadenas
el ingenio abandoné.
¡Aun al pensarlo me aflijo!
¡Cuántas fueron en dos dias
las penas y angustias mias
junto á mi esposa y mi hijo!...
Cansados de caminar,
al cielo favor pedimos,
y de otro ingenio nos fuimos
á las puertas á llamar.
Invocando el nombre santo

de Dios Todopoderoso,
un anciano bondadoso
quiso enjugar nuestro llanto.
Las puertas de su mansion
nos abrió tierno, benigno;
tal proceder era digno
de su santa religion.
Le conté la pena mia
y el buen anciano lloraba;
nuestra libertad compraba
al tirano al otro dia.
Y aquel hombre generoso,
á quien ángel bueno llamo,
era el padre de mi amo,
del que será vuestro esposo.
Porque no lo dudo, no;
vos, premiando su ternura,
le colmareis de ventura,
le amareis cual le amo yo.

AMP. Sí, sí, ¡corre presuroso!...
Y dile que fé en mí tenga,
y que á hablar conmigo venga
á mi padre cariñoso.

JUAN. ¡Ya vereis cuán poco tardo!

AMP. Que ni un momento vacile;
díle que le amo, díle
que con ansiedad aguardo. (Váse.)

JUAN. ¡A los ángeles, cual tú, (Sólo, contemplándola.)
que son del débil amparo,
deben proteger los cielos,
para bien de los esclavos!
Tan hermosa tiene el alma
como el semblante. ¡Dios santo!
¡Hacedla felíz!—¡Qué escucho!
¡Alguien se acerca! ¡Me marcho! (Váse.)

ESCENA III.

D. MANUEL y D. MATEO entran por la izquierda cuestionando.

MATEO. ¡Es una ilegalidad
que atenta á las propiedades!

MANUEL. ¡Pues son ilegalidades
que exige la sociedad!
Desengáñese usted...
MATEO. Veo
que todo lo aplaude y todo...
MANUEL. Somos de distinto modo
de discurrir, don Mateo.
MATEO. Diga usted, ¿y el capital
que en los negros me gasté?
MANUEL. ¿Y quién le ha mandado á usté
haberlo empleado mal?
A esas desgraciadas gentes
nuestros millones debemos,
y quedarnos merecemos
sin ellos, por delincuentes.
MATEO. Es decir que... ¡Me horroriza
su manera de pensar!
¿Usted no vá á protestar
si no se nos indemniza?
MANUEL. No tal.
MATEO. ¡Su calma me asusta!
¿Y bajo ningun pretesto?
MANUEL. Bajo ninguno protesto,
porque la idea me gusta.
¡Ya vé usted que de ¡los dos
tambien yo perderé un tercio!
Pero ese inícuo comercio
ofende á la ley de Dios,
y es un impío, un aleve,
el que autorice y consienta
ese comercio, que afrenta
en el siglo diez y nueve.
MATEO. Comprendo que los escesos
de su buen radicalismo
acaban consigo mismo,
barajándole los sesos.
¡Tal simpleza! ¿quién pensó?
¿No sabe usted que en el dia
no hay más ley ni tontería
que el nominativo *yo?*
MANUEL. Ciertamente; lo confieso;

y es el principal motivo
de estar por lo positivo,
por lo que suprimen eso.
Hoy el hombre, no le asombre,
lo mismo negro que blanco,
si quiere que sea franco,
no es autómata, que es hombre;
de su interés en acopio,
pues tenemos á la vista
un siglo positivista,
debe pensar en sí propio.
¡Por eso mismo me alegro
de que sea realidad,
muy pronto, la libertad
que debe gozar el negro!

MATEO. ¡Calle usted, que me confundo
de que tan cándido sea!
Eso no es tener idea
de lo que es el nuevo mundo.

MANUEL. A negarle no me atrevo
su ingenio de comerciante.
¡Conozco el mundo bastante
y aplaudo el sistema nuevo!

MATEO. Sucederá, sin falencia,
que el negro desenfrenado...

MANUEL. Pues el que hizo el pecado...
que pague la penitencia.
¿Hemos de perder quizás,
como si fuéramos locos,
por el daño de unos pocos
la dicha de los demás?
En el morir y el nacer
Dios hízo á todos iguales:
si todos somos mortales,
esclavos no debe haber.

MATEO. Es decir, que segun cierta
tendencia que usted presiente,
capaz es por esa gente
de pedir de puerta en puerta?

MANUEL. Si señor, en ello insisto,
y no me retracto, no.

Tambien limosna pidió
por nosotros Jesucristo.

MATEO. ¡Que esas máximas vertiera
un pobre descamisado!
¡pero un rico potentado!
¡sin verlo, no lo creyera!

MANUEL. ¡Qué quiere usted, son manías!..

MATEO. En efecto; ¡ya lo veo!

MANUEL. Pues son muchos, don Mateo,
los de las ideas mias.
¿Qué mayor solemnidad,
que poder llevar á cabo
la redencion del esclavo
mañana, que es Navidad?
¡Prestar al débil favor!
¿Dónde hay placer más profundo?
El dia en que vino al mundo
Jesus, nuestro Redendor;
toda alma leal y franca
debe, si del bien se alegra,
redimir la raza negra,
honrando á la raza blanca.

MATEO. ¡Usted sin duda está loco!
Yo me tengo por cristiano;
¿pero salvar á mi hermano
y perderme yo? ¡tampoco!
¡Buena tontuna seria!
Mañana mismo, lo quiero,
cierto capitan negrero
comprará mi mercancía.
¡La comprará sin conciencia!
pero ¿qué le hemos de hacer?
De ganar algo á perder
todo, hay gran diferencia.

MANUEL. ¡Calle usted! Apenas creo...
y me desconsuela mucho
su conducta, lo que escucho
de sus lábios, don Mateo.

MATEO. ¿Qué quiere usted que le diga?
Aquí es preciso ayudarnos
los ricos, y coaligarnos

estableciendo una liga.
De lo contrario, verán
¡qué de penas y quebrantos!
¡como los pobres son tantos!
de fijo, nos comerán.
A propósito, en mi ócio
he podido coordinar
la manera de llevar
adelante un buen negocio.
Su hija de usted...

MANUEL. (¡Miserable!)

MATEO. Me gusta mucho, es muy bella.

MANUEL. Muchas gracias; pero ella...

MATEO. Permítame usted que hable...
Si trata usted con desvío
mi negocio, más no arguyo;
pero con el dote suyo
unido al capital mio...
Aunque ya de juicio y peso,
no creo hacerla una ofensa
con decirla que es inmensa
la pasion que la profeso.
Y que lograr el favor
de poder llamarla mia,
confieso á usted que seria
mi felicidad mayor.

MANUEL. Siento mucho no poder,
por más que se lo agradezca
y que usted se la merezca,
á su deseo acceder.
Más no me parece justo,
ni á sus ideas me asocio,
que por cuestion de negocio
vaya á casarla á disgusto.
En lo que digo me fundo,
y dispense mi franqueza,
para usted es la riqueza
lo primero en este mundo,
y yo creo, la verdad,
fundado en mis opiniones,
que no siempre los millones

nos dan la felicidad.

MATEO. Siento verle inoportuno,
despreciando el interés;
su modo de pensar es
de mil ochocientos uno.

MANUEL. No en toda su plenitud,
pues entonces se tenia
como legal y aplaudia
el hombre la esclavitud;
y yó, quizás temerario,
tengo distinta opinion,
y soy de la abolicion
acérrimo partidario.
No creo que usted exija,
visto mi modo de hablar,
que yo vaya á esclavizar
el corazon de mi hija.
¡Si ella acepta, se lo fío;
la cuestion ha dado fondo:
por mí, negocio redondo!
Dejo libre su albedrio.

MATEO. Yo la hablaré con franqueza:
es jóven, discreta, lista,
y no creo que resista
al brillo de mi riqueza.

MANUEL. Agradezco la merced;
pero la suya, con creces,
gracias á Dios, es dos veces
superior á la de usted.

MATEO. Dispénseme. No he querido
ofenderla...

MANUEL. No por cierto:
ya lo sé, pero le advierto...
que será tiempo perdido.

MATEO. Si usted, con bondad sin tasa,
intercede á mi favor,...

MANUEL. ¡No me es posible! Señor
don Mateo, esta es su casa.
Con el permiso de usted
tengo que hacer... ¡No le asombre
si así le dejo!... (Váse.)

MATEO. ¡Este hombre... (Sólo.)
me ha pegado á la pared!
¡Qué susceptible! ¡Qué raro!
¡Y qué orgulloso tambien!
¡Despreciar de esa manera
un negocio de interés
para ambas partes! ¡Si digo
que es tanta su candidez,
que no conoce la marcha
del siglo! Es hombre de bien,
eso sí, pero... ya tanto...
¡tanto!... ¡raya en idiotez!...

ALB. (Dentro.) ¡Miserables!

MATEO. ¡Esas voces!

VOZ. ¡Dejadlos!

MATEO. ¿Qué podrá ser?
¡Qué veo! ¡Un jóven marino
cuestiona con dos ó tres
capataces de mis negros!
¡Algun defensor tal vez
de los del dia! La gente
se arremolina hácia él.
¡Los capataces no quieren
á sus instancias ceder!
¡Ya me han visto, me hacen señas!
¡Aquí! ¡Venid! Yo sabré
lo que pretende; y si intenta,
atropellando la ley,
el ingenio sublevar,
¡su audacia castigaré!...

ESCENA IV.

ALBERTO, teniente de marina; JUAN (negro); dos capataces negreros, DOMINGO y varios negros.

NEG. 1.º ¡Misericordia, señor! (Arrodillándose.)

NEG. 2.º ¡Piedad para mí! (Idem.)

MATEO. ¿Qué fué?

ALB. ¡Levantaos!

MATEO. ¿Quién se atreve
á ordenar que de mis pies,

unos siervos que son mios,
altivos alcen la sien?

ALB. La ley de la humanidad
y del derecho á la vez.
¿Cómo puede permitir
el que caballero es,
que castíguen cruelmente,
en mengua de su deber,
á los séres desgraciados
que le enriquecen á él?

MATEO. ¡Jóven, reprimid la lengua
y los insultos temed!
Era mi ingenio, mi casa,
donde castigar mandé
á estos esclavos, que son
de mi propiedad tambien.

ALB. ¿De su propiedad? ¡Blasfemia,
que no es posible, pardiez,
oir con calma! ¿Quién puede
como propiedad tener
la existencia de unos séres
humanos? ¡Decidme, quién
más que Dios!—Y aun ese Dios,
como tan Supremo es,
tampoco del hombre abusa
imponiéndole cruel
la marcha que ha de seguir;
sino que libre al nacer,
le abandona á su albedrío,
á su inteligencia y fé...
¿Acaso los desgraciados
que nacen con negra piel
no descienden, cual nosotros,
del mismo orígen y ley?...
¿No son hombres tan perfectos?
Pues entonces... ¿puede haber
quien se llame propietario
de otros séres como él,
sin que falte á Dios, primero,
y á la sociedad despues?
¡No es propio de un alma noble

tan indigno proceder!...
¿Y los teneis todavia
postrados á vuestros piés?

MATEO. ¡Callad! ó de lo contrario,
con justicia creeré
que alguna oculta intencion
os inspira ese interés
que demostrais; ese celo
con què al negro defendeis.

JUAN. ¡Tal insulto á mi buen amo!
¡Señor... mi brazo deten!

ALB. ¡Oculta intencion en mí!

MATEO. ¿Quereis sin duda mover
un motin en mis ingenios
que redundara despues
en beneficio... ¡Dios sabe!
de qué partido ó de quién?

ALB. ¡Vive Dios que no sé cómo
me he podido contener!
¡Qué habeis dicho, miserable!
¿Habeis reparado bien
en mi trage? ¿En esta cruz
que en el combate gané
del Callao? ¿Puede este pecho
ocultar mengua ó doblez,
cuando solamente quiere
al débil favorecer?

MATEO. ¡Esas palabras!

ALB. ¡Os honran
demasiado!

MATEO. ¡Qué escuché!
¡Pronto! ¡Salid, y á esos siervos
de nuevo castigareis!

NEG. ¡Piedad, señor!

MATEO. (Los capataces se apoderan de los negros y salen de escena.) ¡Fuera esclavos!
La ira que siento arder
en mi pecho, con usura
en sus cuerpos vengaré.

ALB. ¡Digna hazaña de un villano
sin Dios, sin pátria y sin ley!

MATEO. ¡Caballero!... Esa tarjeta
espero que aceptareis.
ALB. ¡Un desafío! ¡Lo acepto!
Tomad la mia.
MATEO. Está bien.
JUAN. (Si quereis que le despache...) (A ALBERTO.)
MATEO. Mañana mismo. ¿Entendeis?
ALB. Pasaré por vuestro ingenio...
MATEO. Yo tambien os buscaré...
(Este debe ser el novio,
mi rival. ¡Infeliz de él!) (Váse.)

ESCENA V.

JUAN y ALBERTO.

JUAN. Señor... ¿y con ese hombre
tan indigno os batireis?
ALB. Le he dado ya mi palabra,
y faltarle no podré.
JUAN. Pensad en que vuestro padre,
si el lance llega á saber,
me culpará, y yo no puedo
consentir que dude él
de mi cariño. Al instante
por su ingenio pasaré.
A los negros, mis hermanos,
su causa les haré ver:
y si antes de media hora
no consigo, como sé,
revolucionarlos, pongo
mi cabeza á vuestros piés.
ALB. ¡Juan, que recuerdes la honra
que en el Callao conquisté!
JUAN. ¡Antes que á nadie castigue...
todo el ingenio vá á arder! (Váse.)

ESCENA VI.

ALBERTO, y á poco AMPARO.

ALB. Ella se acerca... ¡valor!
¡La ansiedad mi aliento corta!

El duelo poco me importa:
lo que me importa es su amor.

AMP. ¡Alberto mio!

ALB. ¡Sin calma,
mi pecho por tu amor tengo!
¡Ebrio de júbilo vengo
por el alma de mi alma!
Anheloso de vivir
siempre á tu lado cautivo,
á tu padre quiero activo
tu blanca mano pedir.

AMP. ¿Me amarás?

ALB. ¡Con ilusion!
rendido á tus piés de hinojos...

AMP. ¡Claro me dicen tus ojos
que es mio tu corazon!

ALB. Cuando en gallardo navío,
cubierto de banderolas,
surcando marcho las olas
inmensas del mar bravío,
en alas del vendabal,
siempre en tí, ¡mi bien! pensando,
suspiros de amor te mando,
frenético sin igual.
A los primeros albores
del sol, que su luz dilata,
el cielo tu faz retrata,
cubierto de resplandores.
Y en esas noches tan bellas
como nos pinta el deseo,
tu lábio en el coral veo,
tus ojos en las estrellas.
Que tu imágen ideal
delante de mí camina,
como una sombra divina
sobre aquel azul cristal.
Y del peligro á través
en mi gloriosa carrera,
lauros busco donde quiera
para rendir á tus piés.

AMP. Yo tambien desde la orilla

de ese espejo cristalino,
bello ideal del marino,
donde el poder de Dios brilla,
veo las naves flotar
sobre el azul elemento,
y suspiros doy al viento
que hasta tí deben llegar.
Y á las aguas, á las flores,
á los céfiros suaves,
á las marítimas aves
cuento mis tiernos amores...
y cuando una embarcacion,
tú ausente, se dá á la vela,
como rápida gacela
vá detrás mi corazon.
Y no ceso de rogar
por tu vuelta noche y dia,
á nuestra Vírgen María
que te proteja en el mar.
Que es inmenso mi cariño,
¡como el espacio en que mora
con su blanca luz la aurora!
¡Tan puro como el armiño!

ALB. ¿Dudarás de la vehemencia
del amor que siento en mí?
¿Serás fiel como hasta aquí?
¡No te olvides en mi ausencia!

AMP. ¡Ausencia! Nombre fatal
que con el alma deploro.
Tuya juro ser.

ALB. No ignoro
que quizás algun rival
tu firme constancia hostigue.

AMP. Tenazmente me persigue
ese avaro comerciante
de negros; pero confia
en mi cariño sincero,
que es mi corazon de acero
y muy grande mi hidalguía.
Su nécia temeridad
castigaré con desvío.

ALB. (¡Comprendo su desafío!
¡Qué rara casualidad!
¡Él era!)
AMP. ¡Vana ilusion,
si ha creido en su torpeza
que pudiera la riqueza
fascinar mi corazon!
ALB. Quisiera á tu padre hablar.
AMP. Si gustas, le avisaré.
¡Él se acerca!
ALB. ¡Por mi fé,
que su aprecio he de lograr!

ESCENA VII.

AMPARO, DON MANUEL y ALBERTO.

MANUEL. ¡Caballero! (Saludando.)
ALB. ¡Servidor! (Id.)
¡Con toda el alma celebro
esta feliz circunstancia!
MANUEL. Si en algo servirle puedo...
ALB. Señor don Manuel, yo sé,
sin que se ofenda por ello,
que usted, persona influyente
y de no vulgar talento,
está por la abolicion
de la esclavitud haciendo
mil sacrificios, y dando
de su probidad ejemplo.
MANUEL. Es un deber. Si usted gusta,
podemos tomar asiento. (Se sientan.)
ALB. Muchas gracias. Sabedor
de sus nobles sentimientos,
no vacilo en exponerle
mi pretension; advirtiendo
que soy honrado, soy jóven
y digna carrera ejerzo.
MANUEL. ¿Y bien?
ALB. Soy de una familia
distinguida, si no en centros

políticos elevados,
en el Banco y el comercio
de la Isla.

MANUEL. Usted dirá...

ALB. Pues á la cuestion volviendo
de la esclavitud, yo sé,
y me congratulo en ello,
que usted, rico propietario,
unido en todo al Gobierno
Nacional, trabaja activo
porque pronto sea un hecho
la redencion del esclavo.

MANUEL. Sí señor; más no penetro...

ALB. Pues bien, con esa franqueza
del buen marino, hablar quiero.
Usted puede devolver
á un pobre esclavo el sosiego,
la felicidad, tornando
su existencia en un completo
paraiso!

MANUEL. ¡Amparo mia!

AMP. ¡Padre!

MANUEL. ¡Todo lo comprendo!
Prosiga usted... (¡No te turbes!)

AMP. (¿Qué responderá? ¡Yo tiemblo!)

ALB. Pues bien, don Manuel; cautivo
está de amores mi pecho
por la perla de esta casa,
y á pedir su mano vengo:
¡su Amparo! Dispense usted
mi atrevido pensamiento;
pues vá á redimir las vidas
de tantos y tantos siervos,
con justo motivo yo
á sus bondades apelo.

MANUEL. Su franqueza me deleita,
pero yo se la dispenso.
Es usted jóven, honrado,
porque en sus ojos lo leo.
Mi hija le quiere. Tambien
en su turbacion lo advierto.

AMP. ¡Padre mio!...
MANUEL. ¡No me extraña!
A tu edad, sabido es eso.
Un marino, de familia
distinguida, franco, bueno,
merece ser aceptado
por mí...
ALB. Mucho le agradezco
tanto honor.
AMP. ¿Será posible
que usted consienta?
MANUEL. Sí; pero...
A veces la juventud,
guiada por el esceso
de sus pasiones...
ALB. ¡Le juro
por mi fé de caballero!...
MANUEL. Su padre de usted...
ALB. Es noble,
y rico.
MANUEL. De eso no hablemos.
ALB. Él no ha podido venir;
es muy anciano, está enfermo...
MANUEL. Corriente; yo pasaré
á visitarle, y veremos...
ALB. ¡Si fuera tan venturoso!
MANUEL. Le aseguro desde luego,
que basta sean esclavos,
aunque de amor, ni un momento
descansaré, hasta poder
mitigar su cautiverio.
ALB. ¡Las más espresivas gracias
le doy con profundo afecto!
¡Me retiro! ¡Soy de ustedes!... (Saludando.)
(Al irse á retirar, suenan voces subversivas dentro, como de una rebelion de esclavos.)
VOCES. ¡Muera!
MANUEL. ¡Esas voces!...
AMP. ¿Qué es ello?
ALB. ¡Una rebelion sin duda!
VOCES. ¡Muera!

JUAN. ¡Señor! (A ALBERTO saliendo.)

ALB. y MANUEL. ¿Qué hay?

JUAN. Los negros
del ingenio de aquí al lado,
propiedad de D. Mateo,
se han sublevado.

AMP. ¡Dios mio!

MANUEL. ¡No te asustes! De los nuestros
no haya temor.

VOCES. ¡Muera el amo!

UNA VOZ. ¡Muera el infame negrero!

OTRAS. ¡Muera!

ALB. Juan. ¡Si yo averiguo
que faltando á mi respeto
has promovido el motin!

JUAN. ¡Señor! ¡Por el santo cielo
juro que no! ¡Por la vida
de vuestro padre!

ALB. Lo creo.

VOCES. ¡Muera!

MATEO. ¡Canallas! ¡Traidores!
Yo me vengaré, os lo ofrezco.

(Saliendo apresuradamente, descompuesto y perseguido por los negros.)

ESCENA VIII.

Los mismos, DON MATEO, NEGROS, CAPATACES, etc.

MANUEL. ¡Nada temais! ¡Esta casa
la respetan como un templo!

TODOS. ¡Muera el amo! (Saliendo en tropel.)

MANUEL. ¿Qué intentais?

TODOS. ¡Muera!

NEG. 1.º ¡Que muera el perverso!

NEG. 2.º ¡El verdugo que nos trata
como si fuéramos perros!...

NEG. 1.º ¡Abajo la esclavitud!

MANUEL. ¡Abajo irá: yo os lo ofrezco!
¿Más sabeis lo que le ordena

al que es libre el Evangelio?
¡Perdonar á sus verdugos!

NEG. 1.º ¡A los malos, palo en ellos!
A los que, cual su mercé,
son honrados y son buenos,
los neguitos tambien saben
con toda el alma querelos.

MANUEL. ¡Ea, vamos, retiraos
á trabajar al ingenio!

NEG. 2.º ¿Y si nos azotan?

MANUEL. ¡No!
¡No lo harán: yo os lo prometo!

MATEO. (¡Miserables!)

NEG. 1.º ¡Viva el amo
Don Manuel!

TODOS. ¡Viva! (Vánse todos los negros.)

AMP. ¡Qué presto
se retiraron!

JUAN. ¡Si quieren
á don Manuel con esceso!

MATEO. ¿Vé usted como ya se cumple
lo que le estaba diciendo?
El esclavo en siendo libre...

MANUEL. ¡Sabrá respetar á aquellos
que, como yo, nunca abusan
de su poder y sus fueros!

MATEO. ¿Conque es decir, don Manuel?...

MANUEL. ¡Que usted faltó, don Mateo!

(Se saludan afectuosamente ALBERTO, D. MANUEL y AMPARO. JUAN y ALBERTO figuran irse fuera del ingenio. Los demás entran en las habitaciones interiores. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala blanca.—Interior del ingenio de Don Mateo.—Puertas laterales y al foro.—Mesas, sillas etc.

ESCENA PRIMERA.

Don Manuel y Don Mateo.

Mateo. ¡Por fin del susto salí!
¡No olvidaré, don Manuel,
su bondad!... ¡Gracías á él,
á este mi ingenio volví!
Manuel. Que todo está en calma noto.
Mateo. Sí; ya los negros tenaces,
temiendo á los capataces,
cesaron en su alboroto.
No volver han prometido
á repetir igual caso;
más con todo, por si acaso,
bueno es vivir prevenido.
Manuel. ¿Y qué piensa usted hacer?
Mateo. Quedarme con los mejores,
y á los alborotadores
sin más remedio vender.
Manuel. ¡Repare usted que la trata
está por la ley vigente
prohibida, y moralmente!...
Mateo. Con un capitan pirata
y negrero mercader
tengo tratada la venta.
¡Cara han de pagar la afrenta

del alboroto de ayer!

MANUEL. Repare usted, don Mateo,
que le puede costar caro.

MATEO. ¡Don Manuel, ya no reparo
en nada!

MANUEL. ¿Por lo que veo,
quiere usted con lo que hace,
sin pensarlo sériamente,
que sin piedad esa gente
le coja y le despedace?

MATEO. Por eso tengo ansiedad
de poner fin al asedio.

MANUEL. ¡Pero vá á ser el remedio
peor que la enfermedad!

MATEO. ¡Que sea! ¡No me dá pena!
Hoy vendo la mercancía.

MANUEL. ¡Qué sacrilegio! ¡Hoy! ¡El dia
clásico de Noche-buena!

MATEO. ¡No me importa!

MANUEL. ¡Tal accion!

MATEO. ¡A sus ruegos seré sordo!
Que vayan á hacer á bordo
de un buque la colacion.
En él comerán el rancho
del pirata, ¡que lo prueben!
Y luego allí, si se atreven,
que muevan un zafarrancho.

MANUEL. ¡Tiene usted poca aprension!

MATEO. Porque á sufrir no me avengo,
¿verdad? Lo que yo no tengo...

MANUEL. Me hago cargo. (¡Corazon!)

MATEO. Gana de morir calzado.

MANUEL. Pues permita usted que crea
que si realiza esa idea,
de fijo, muere arrastrado.

MATEO. Don Manuel .. ¡Estoy confuso!
Al ver que se escede ..

.MANUEL. ¿Yo?

MATEO. Estoy en mi casa, y no
consiento...

MANUEL. Yo nunca abuso.

¡Dispénseme usted si trato
de poner á su mal coto!
Con harta sorpresa noto
que es usted un poco ingrato.

MATEO. Yo soy un leal amigo,
aunque no lo crea así.
En cuanto á ingrato, usted sí
que lo es para conmigo.

MANUEL. ¡Estraño que me dirija
esa espresion!

MATEO. ¿Ha olvidado
que habia solicitado
yo la mano de su hija,
y que era más acreedor
á ella, segun opino,
que no ese jóven marino
tarambana y seductor?

MANUEL. No debe usted estrañar
mi conducta.

MATEO. ¡Más conmigo!...

MANUEL. Ya sabe usted lo enemigo
que soy yo de esclavizar,
mucho más cuando se tiene
un plan, al que no me asocio.
La boda será un negocio,
pero á mí no me conviene.

MATEO. En cambio... ¡rara aprension!
accederá usted, replico,
á casarla con un chico
sin juicio, sin posicion.

MANUEL. Será probable que sí.

MATEO. No parta usted de ligero.

MANUEL. Si ella quiere...

MATEO. Lo primero,
y créame usted á mí,
es el negocio.

MANUEL. En cuestiones
de tamaña trascendencia,
miro con indiferencia
el negocio... los millones.
¡Que vivan en la estrechez.

pero que vivan dichosos,
como dos buenos esposos!...
¡Sobre todo la honradez!

MATEO. Todo buen capitalista
debe aspirar al aumento...

MANUEL. Amigo mio, lo siento,
pero no soy egoista
hasta ese punto.

MATEO. ¿Es decir?

MANUEL. Que más que á usted no le cuadre,
ahora mismo, á ver al padre
de ese jóven voy á ir.
Y si en efecto es formal
su tierna solicitud,
la ventura, la quietud
de mi hija, es lo principal.

MATEO. ¡Recibiré dicha inmensa! (Con intencion.)

MANUEL. ¡Yo más!

MATEO. (¡Mal puedo mi encono
reprimir! ¡No les perdono
ese desprecio, esa ofensa!)

MANUEL. Tengo bastante que hacer.

MATEO. ¿Ya se vá usted?

MANUEL. Sí, le dejo.
Sobre todo, le aconsejo
que no proceda á vender
los esclavos.

MATEO. ¡No preciso
de consejo que es tan grande!
¡Gracias... por todo!

MANUEL. ¡Usted mande!
(¡Qué infame!) Con su permiso.

(Vase saludando.)

ESCENA II.

D. MATEO y DOMINGO.

MATEO. En brazos de la esperanza
les sonrie el porvenir;
más juro que han de sentir

el peso de mi venganza.

DOMINGO ¡Señor! (Saliendo.)
(negro.)

MATEO. ¿Quién es?

DOM. Un marino
al parecer, que ha llegao,
y dice que á su mercé
quiere hablarle.

MATEO. (¡Será acaso
mi rival!) Que éntre. Tal vez
sea el pirata que aguardo. (Váse DOMINGO.)

ESCENA III.

BALTASAR, capitan negrero, y D. MATEO. DOMINGO sale tambien, observa á BALTASAR y se marcha por la puerta primera de la derecha.

BALT. ¿Dá su permiso?

MATEO. ¡Adelante!
¡El mismo!

BALT. ¡Yo soy exacto!
Cumplo como buen marino,
aunque soy pirata malo.
Rudo, impasible al dolor,
con un corazon de mármol,
ni me acobarda el peligro,
ni falto jamás á un trato.

MATEO. ¿De veras? (¡Este es mi hombre!
¡si pudiera yo explotarlo!)

BALT. ¿Podemos hablar con toda
satisfaccion?

MATEO. No hay cuidado.

BALT. Hace tiempo me propuso
la compra de unos esclavos.
Anoche mismo, en que hoy
viniera á verle quedamos.
Me citó á las cuatro en punto,
y aquí me tiene: las cuatro.
(Sacando un reloj.)

MATEO. ¡Eso me gusta! En cuestion

de negocio, es necesario
ganar tiempo, porque el tiempo
es oro.

BALT. ¿Sí? ¡Pues al grano!
Cuántos son, el precio de ellos,
y á ver si nos arreglamos.
¿Supongo que estarán útiles
y fuertes para el trabajo?
Le advierto que está hoy en baja
la carne negra. Ese tráfico
no ofrece más garantías,
gracias á los partidarios
de las ideas modernas,
que peligros en el charco,
vivir siempre receloso,
y apenas sacar el gasto.
Sólo á lejanas regiones
la mercancía llevando,
se puede medio sacar
algun producto.

MATEO. ¡No estamos
conformes! Hay que advertir,
mi amigo, que si es al cabo
un hecho la abolicion,
deberán indemnizarnos,
y entonces... ¡no hay que dudar!
más que perdemos, ganamos.

BALT. ¡Está bien! Yo me aventuro,
y comercio á todo trapo.

MATEO. Mi deseo es deshacerme
de unos veinte: entre ellos, varios
criollos de corta edad,
que son muy buenos muchachos,
y tres magníficos perros
de presa, ya acostumbrados
á cazar.

BALT. Y todo junto,
¿no podemos saber cuánto
vale?

MATEO. Despues trataremos
de los precios más despacio.

Ahora, si á usted le parece,
á ver la gente vayamos.

BALT. Le advierto que si me quedo
con ellos, de usted reclamo
las escrituras firmadas
con fecha de algunos años
atrás; y que de ese modo...
soy el legítimo amo.

MATEO. Ya comprendo: quiere usted
tener para su resguardo
documentos especiales...

BALT. Como está tan delicado
este asunto...

MATEO. Eso me gusta
y la prevision aplaudo.
Con tal que me deje usted
libre de esos mentecatos,
seré capaz de firmar
cuantos documentos falsos
me reclame.

BALT. En la cartera
traigo yo papel sellado
de varias épocas.

MATEO. ¡Eso
se llama ser!...

BALT. Hombre cauto
nada más. Lo que sí quiero,
y es conveniente para ambos,
que ninguno se aperciba,
ni sospechen los esclavos
nuestra idea. Poco á poco,
yo me los iré llevando
de dos en dos... ¡y una vez
en mi poder!...

MATEO. Castigados
tengo en el cepo á los más
rebeldes y temerarios.

BALT. Yo les pondré la piel roja
á fuerza de latigazos.

MATEO. Por aquí: sígame usted,
los iremos revisando. (Vánse, izquierda.)

ESCENA IV.

DOMINGO (negro), saliendo.

DOM. ¡Se marchan! ¡No sé por qué
la traza no me ha gustado
del forastero, de fijo
que meditan algo malo!...
¡Quizás pretende vendernos,
convirtiendo en un mercado
el ingenio!... ¡No lo dudo!
¡De todo es capaz el amo!
Hoy la Noche-buena es,
la que celebran los blancos
con regocijo, y nosotros...
¡hay séres más desgraciados!
sumidos en el dolor,
entre cadenas llorando.

ESCENA V.

DOMINGO, JUAN y un ESCLAVO.

JUAN. Puedo entrar (Al ESCLAVO.)
ESC. ¿Pero á quién busca?
JUAN. ¡Busco al mismo propietario
del ingenio!
DOM. Juan, ¿qué quieres?
JUAN. Cumplir con un deber santo
de gratitud, y velar
por las vidas de mis amos.
DOM. ¡De fijo que no serán
tan infames é inhumanos
como el nuestro!
JUAN. ¡Le conozco
hace ya bastantes años!
DOM. ¡Todo lo temo de él,
porque es un vil, un tirano!
Hoy, que es el dia más grande
para todo hombre sensato,

me temo... ¡Dios no lo quiera!
¡que desprendidos seamos
de los trozos más queridos
del corazon!

JUAN. ¿Qué ha pasado?

DOM. He visto entrar en la casa
un hombre, cuyo recato
y semblante sospechoso
me hace temer, y no en vano,
por la vida de mis hijos,
de mis pobres hijos huérfanos.
Quisiera engañarme, pero
segun lo que he observado,
tratan de que se convierta
el ingenio en un mercado
infame de sangre humana,
¡en un dia que es tan santo!

JUAN. ¡Qué diferencia de ideas,
de sentimientos humanos!
Mientras él en esta casa
procura sembrar el llanto
y el luto, la señorita
prometida de mi amo
quiere servir á la mesa
la comida á los esclavos.

DOM. ¿Y quién es?

JUAN. ¿Quién ha de ser?
¡La más hermosa y amparo
de la raza desvalida
de los negros; el encanto
del corazon de un marino
que es todo bondad!

DOM. ¡No alcanzo!...

JUAN. La hija de don Manuel,
el más digno ciudadano
de la Isla, el sólo dueño
del ingenio de aquí al lado.

DOM. Le he visto salir há poco
de aquí. ¡Gracias á su tacto,
don Mateo salvar pudo
la vida, que aprecia tanto!

Ayer, si no es por el mucho
cariño que profesamos
á don Manuel, de seguro,
que entre todos le arrastramos.

JUAN. ¿Conque dices que la venta
quiere realizar al cabo
en un dia como este?

DOM. Eso me temo, con harto
sentimiento, no por mi,
que estoy bien desengañado
de que no es posible hallar
para nosotros descanso.
¡Cómo dejar de servir
á tan infame sicario
del cristianismo! Lo temo
por mis dos hijos amados,
que quizás sean hoy mismo
arrancados de mis brazos,
sin compasion.

JUAN. ¡No tenemos
sangre, si eso presenciamos
con serenidad! Yo vengo
en su busca, por encargo
de mi señor; y si asiste
á la cita que le traigo,
no se realiza la venta,
porque de fijo, lo mato.

DOM. ¡Hijos del alma! Sufriendo
están en cepo amarrados
las iras de ese avariento
mercader, baldon nefando
de la humanidad!

JUAN. ¡Y estrañan
que los negros nos unamos!...

DOM. Yo, de veras te lo digo.
Juan, si soy tan desgraciado
que me quieren separar
de mis hijos, en el acto,
á la cumbre de la peña
más elevada me marcho,
al fondo me precipito

y con mi existencia acabo.

JUAN. ¡Calma! ¡Confianza en Dios!
Quizás no esté muy lejano
el momento en que por fin
de la esclavitud seamos
redimidos.

DOM. ¡Esperanza!
¡Nombre hueco! ¡Nombre vano!
¡Estamos con ella ya
padeciendo tantos años!...

JUAN. ¡Siento rumor!

DOM. ¡Ellos son!
¡Ocultémonos, y oigamos!

(Se ocultan á la derecha.)

ESCENA VI.

DON MATEO y BALTASAR, saliendo.—DOMINGO y JUAN, ocultos escuchando.

BALT. Es carne muy trabajada,
que poco producto deja.
Además, hay gente vieja,
que no sirve para nada.

MATEO. No me sorprende, á fé mia,
ni lo creo un disparate,
que usted con desprecio trate
la propuesta mercancía.
Más yo, que sé con certeza
la buena compra que es,
quiero por lo menos tres
cientos pesos, por cabeza.

BALT. ¡Es muy caro! No me aferro,
ni á ese gasto me aventuro.

MATEO. Además, duro tras duro,
setenta por cada perro.
Toda es gente varonil,
trabajando sobresale;
lleva usted negro que vale,
no trescientos, sino mil.

BALT. Lo que yo le doy por esos

esclavos, de *pobre* raza,
y los tres perros de caza,
son...

MATEO. Diga usted.

BALT. ¡Seis mil pesos!

MATEO. ¡A su buen criterio invoco!
Eso no me satisface.

BALT. Pues si el precio no le place...
á mi me gusta hablar poco.
Son compras aventuradas
y de pérdidas seguras...
Conste que las escrituras,
si acaso, han de ser firmadas
á mi gusto.

MATEO. No me opongo.
Pero repare que el trato
no puede ser más barato.

BALT. ¡Ya sabe usted que me expongo!...
En las crisis actuales
es una venta... no mala.
Haga cuenta que regala
los perros...

MATEO. ¿Los animales?
Pues si los quiero yo más,
por lo nobles y lo bravos
que á mis mejores esclavos!

BALT. Podrá ser así quizás;
pero yo de otra manera
lo conceptúo. Acabemos.
¿Hacemos trato, ó no hacemos?
Porque mi gente me espera:
tengo que hacer.

MATEO. Deseara,
que ya que hemos procedido
á verlos... ¡Pero ha ofrecido
tan poco!... Suba la tara.

BALT. No puedo más.

MATEO. ¡Está bien!
En que no será confío,
ni lo de usted, ni lo mio.
Que sean los seis mil cien.

BALT. ¡Es mucho!
MATEO. ¡Ya vé que yo
cuanto es posible rebajo!
¡Toda es gente de trabajo!
BALT. ¿Acepta usted, sí ó nó?
Lo bastante he ofrecido.
Si acepta, pronto acabamos;
las escrituras firmamos,
y negocio concluido.
No me gusta malgastar
el tiempo. No me reproche,
para que esta misma noche
me pueda algunos llevar.
MATEO. Si tales son sus empeños,
que darle gusto tendré.
BALT. Lo primero empezaré
por llevarme los pequeños,
los hijos: cuando entregados
estén al sueño, mi gente
hará que inmediatamente
sean á bordo llevados.
DOM. (¡Qué oigo!) (Oculto.)
JUAN. (¡Pobres criaturas!) (Id.)
BALT. Conque... ¿aceptado?...
MATEO. ¡En buen hora!
¡Vamos de aquí sin demora
á estender las escrituras!
(Vánse MATEO y BALTASAR.)

ESCENA VII.

JUAN y DOMINGO saliendo.

JUAN. ¡Valor! (Reconcentrada toda la escena.)
DOM. ¿Quién puede escuchar
tales palabras en calma?...
¡Son los hijos de mi alma
los que se quieren llevar!
JUAN. ¡Esa miserable accion
á la humanidad afrenta!
DOM. ¿Quién puede poner en venta
lo que es de mi corazon?

¡Sin mis hijos voy á verme!
¡Infeliz de mí! ¿Qué haré?
¿A qué angel recurriré
que quiera favorecerme?

ESCENA VIII.

Los mismos y CLEMENTINA.

CLEM. ¡Juan! (Saliendo precipitadamente.)
JUAN. ¡Clementina! ¿Tú aquí?
CLEM. ¿Y tu señor?
JUAN. No ha venido
todavía, más le espero.
CLEM. ¿Es cierto lo que le han dicho
á mi señora?
DOM. ¡Ah, qué idea!
(¡Ella podrá!.. ¡Sí, de fijo!)
¡Adios, Juan!
JUAN. ¿A dónde vas?
DOM. A salvar á mis dos hijos. (Váse.)
CLEM. Díme, no me ocultes nada.
¿Es cierto que un desafío
vá á tener lugar aquí?
JUAN. Así habian decidido,
pero no se efectuará.
CLEM. ¿Nos lo prometes?
JUAN. Lo afirmo.
Si don Mateo tuviera
corazon para admitirlo,
jamás lo consentiría;
porque no le creo digno
de cruzar sus balas con
las balas de un buen marino.
No haya temor; mil perdones
pedirá á sus piés rendido.
¡Le conozco demasiado!...
Ningun cobarde asesino
tuvo valor nunca, para
batirse como es debido.
CLEM. ¡Pudiera alevosamente
vencerle!...

JUAN. ¡Por eso mismo
estoy acechando aquí;
y no saldré de este sitio
hasta quedar satisfecho
de que no corre peligro.
¡Otros son, muy diferentes
sus miserables designios!
¡En vender á sus esclavos
está muy entretenido
ese pirata!

CLEM. ¡Qué escucho!
¡Hoy, dia de tanto júbilo
para todos, quiere en luto
y lágrimas convertirlo!

JUAN. ¡Si no tiene corazon!

CLEM. ¡Qué proceder tan distinto
el de mis amos!.. ¡En ellos
todo es bondad! ¡Ya lo has visto!

JUAN. ¡La señorita es un ángel,
amparo del desvalido!

CLEM. Corro á consolarla.

JUAN. Sí.
Dile que puede tranquilo
descansar su corazon,
por el temor abatido;
que fie en mi lealtad,
en mi acendrado cariño,
que ya sabe que yo velo
por mi amo con ahinco. (Váse CLEMENTINA.)
Triste vida la del pobre
esclavo, al oro vendido
de un mercader. ¡Separarle
sin compasion de sus hijos!
Si para tal felonía
no hay en el mundo castigo...
¡Y yo necesito hablarle!
Así se lo he prometido
á mi señor... si no cumplo,
espongo su honra.—A este sitio
se dirigen: observemos
hácia esta parte escondido. (Se oculta.)

ESCENA IX.

BALTASAR, D. MATEO, un capataz de negros, con un candelabro de cuatro luces que deja sobre la mesa; JUAN oculto.

BALT. Está anocheciendo. A eso
de las ocho, haré efectivo
el pago de los seis mil
pesos; que estén prevenidos
los muchachos... con mordazas;
así evitamos los gritos.
MATEO. ¿Las escrituras están
en toda regla?
BALT. Sí.
MATEO. ¿El pico
de los dos mil?...
BALT. Nada tema,
don Mateo, ya le he dicho
que yo no falto jamás
á mis tratos.
MATEO. ¡Convenidos!
¡A las ocho... aquí sin falta!
BALT. ¡Prudencia, y mucho sigilo!
(Se dan las manos, y váse el capitan.)
MATEO. Tú, buen Gaspar, que eres uno
de los capataces mios
más leales, tratarás
de cumplir cuanto te digo
sin que nadie del ingenio
se aperciba.
GASP. ¡Yo os lo fio!
MATEO. Sobre todo, que los padres
ignoren...
GASP. ¡Eso de fijo!...
descuidad.
MATEO. Yo premiaré
como debo tus servicios.
GASP. ¡Alguien se acerca!
MATEO. ¡Silencio!
Ya sabes... si es el marino

que te indiqué... á pocos pasos
de aquí... (Con misterio.)

JUAN. (¡Cielos! ¿Qué he oido?) (Oculto.)

MATEO. En la cañada vecina
hay un solitario sitio
donde poder despacharle
prontamente, y sin ruido.

NEGRO. Un caballero pregunta (Saliendo.)
por su mercé.

MATEO. ¿Y no ha dicho
su nombre?...

NEGRO. No.

MATEO. Di que pase. (Váse el negro.)
¡Él será! Tú precavido (A GASPAR.)
vela por mì.

GASP. Está muy bien.

MATEO. Observa, y al menor grito...

GASP. Comprendo...
(Echando mano al cuchillo y retirándose.)

JUAN. (¡Llegó el instante! (Oculto.)
¡Vigila, corazon mio!)

ESCENA X.

D. MATEO, ALBERTO y JUAN, oculto.

ALB. No estrañará, caballero,
mi visita...

MATEO. No me olvido
de que ayer sus amenazas,
su porte bizarro, altivo,
provocaron para hoy
entre ambos un desafío.

ALB. Mejor dirá que su poca
atencion, y su escesivo
coraje, fueron la causa...
lo que el duelo ha promovido.

MATEO. No me arrepiento, y hoy más
que la persuasion abrigo
de que es usted por el padre
de Amparo favorecido.

deshaciendo la esperanza
de todo el porvenir mio,
quiero lavar con su sangre
el desprecio recibido.

ALB. Siento mucho que obcecado,
no porque tema el peligro,
que mil veces lo arrostré
del mar en el ancho abismo,
quiera turbar con un duelo
de esta noche el regocijo;
pero si se empeña...

MATEO. ¡A pocos
pasos de aquí... (Muy marcado.)

ALB. Le suplico
que recapacite bien,
con calma, lo sucedido;
ó al ménos, que respetando
la noche en que Jesucristo
nació, quede, si le place,
nuestro duelo suspendido
hasta otro dia.

MATEO. ¿Será
que teme acaso el marino
que los cielos nos castiguen
por tan pequeño delito?
Un balazo más ó ménos
no interrumpe nunca el júbilo
popular; por el contrario,
lo aumenta, pues es sabido,
que son salvas de placer
en estas fiestas, los tiros.

ALB. No quisiera aprovecharme
de su ciego desvarío
en esta lucha, pues tengo
la certeza...

MATEO. ¡Ya adivino
lo que pretende!...

ALB. ¡En mí nunca
cabe pensamiento indigno!

MATEO. Quiere ocultar á la sombra
de sus generosos bríos

un rasgo de cobardia...

ALB. ¡Cobarde yo! ¡Qué he oido!
¡Y se atreve á recelar!...
¡Designe armas!

MATEO. Pues elijo
mis pistolas, por seguras.
¡A veinte pasos! El sitio
no está muy lejos.

ALB. Corriente.

MATEO. ¡Dios será nuestro testigo!
¡Ola! (Llamando.)...

GASP. ¡Señor!

MATEO. Al cuidado
te quedas... ¡En tí confio!
(Con marcada intencion.)

JUAN. (¡Cielos! ¡Le van á matar!) (Oculto.)

MATEO. Cuando gusteis.

ALB. Ahora mismo.
(Vánse MATEO y ALBERTO.)

GASP. ¡Ya comprendo lo que quiere!
Que le siga es su propósito,
y una vez allí, ¡que yo
me convierta en asesino!
Es buen amo, paga bien,
y hay que servirle... ¡Al avio!
(Vá á marchar y JUAN le detiene.)

JUAN. ¡Ni un paso más! (Saliendo.)

GASP. ¡Juan, aparta!

JUAN. ¡Antes muerto! ¡Alto, mi amigo!
¡De aquí no se sale!

GASP. ¡Teme
mi furor! (Sacando un cuchillo.)

JUAN. ¡Eh! ¡Quietecito!
(Sacando una pistola y apuntándole.)
¡Vé que si no me obedeces,
el corazon te divido!
¡Hombres son: que frente á frente
se batan, segun es lícito!
¿Queriais asesinarle?
(AMPARO saliendo, seguida de CLEMENTINA y comparsas negros, figurando que ha oido las últimas palabras de JUAN. DOMINGO tambien sale con ellos.)

AMP. ¡Qué he escuchado! ¡Dios mio!
¿Asesinarle?
JUAN. ¡Señora! (Turbado.)
AMP. ¡Responde! ¡Yo te lo pido
por lo más santo! ¿Tu amo
dónde está? ¡Sé fiel conmigo!

ESCENA XI.

AMPARO, CLEMENTINA, DOMINGO, NEGROS, JUAN y GASPAR.

JUAN. ¡Tranquilizaos, señora!
AMP. Dime lo que ha sucedido.
JUAN. ¡Díspensadme!
AMP. ¡No me engaño!
¡Corre! ¡Vé, préstale auxilio!
JUAN. ¡Compañeros! ¡Que ese hombre
no se mueva de este sitio!
(A los negros. Váse.)
AMP. ¡Id tras él! ¡Y tú, Domingo,
(A sus esclavos, que salen.)
salva su vida, que yo
prometo salvar tus hijos!
(Váse Domingo. Suenan dos disparos próximos.)
¡Esos disparos! ¡Ya es tarde!
¡Cielos! ¡Si habrá sucumbido!...
CLEM. ¡Señora! ¡Fiad en Dios,
que proteje al buen marino!
AMP. ¡En un dia como este,
consumar un desafío!
¡Qué baldon!
CLEM. ¡Si en esta casa
no hay más ley que el egoismo!
¡No han verificado ya
la venta, segun me han dicho,
de veinte pobres esclavos,
entre ellos los pobres niños
de ese infeliz!—¡Alguien viene!
¡Tan pronto! ¡Ellos son! (Yendo al foro.)
AMP. ¡Qué ruido! (Yendo á mirar al foro.)
DOM. ¡Viva nuestro protector!

TODOS. ¡Viva!
CLEM. ¡Señora! Es Domingo
y vuestros criados, que
saludan al señorito.
AMP. ¡Se ha salvado! Vírgen Santa,
mis súplicas has oido!

ESCENA XII.

LOS MISMOS, ALBERTO, DOMINGO, JUAN, DON MATEO, comparsas negros.

CLEM. ¡Aquí le teneis!
ALB. ¡Amparo!
MATEO. (¡Cielos! ¡Ella!)
AMP. ¡Alberto mio!
MATEO. (¡Qué humillacion!)
ALB. No fué nada.
¡Tranquilízate! Ofendido
el señor injustamente,
salió á batirse conmigo.
Yo queria no turbar
de la noche el regocijo,
más tanto instó...
JUAN. Claro está.
Tenia en su domicilio
pagada ya vuestra vida...
MATEO. Qué están en él les aviso.
JUAN. En fin, cosas de las cuales
yo me encargo. No ha querido
hacer mal uso del arma,
y se contentó benigno,
despues de haber disparado
el primero su enemigo,
con apuntar y decirle:
«Delante de un buen marino
no merece estar cubierto
un pirata.» Salió el tiro,
y se le llevó la bala
el sombrero. Convencido
de la prueba su adversario,

con ella se satisfizo.

AMP. ¡Basta ya! Entre caballeros
todo rencor es indigno:
despues del duelo, es nobleza
el resultar más amigos.
Don Mateo, usted perdone
lo que ofensa haya creido;
y usted, Alberto, si aprecia
mi amistad, haga lo mismo.
¡Recordemos que esta noche
vino al mundo Jesucristo!
¡Yo, en su nombre, que perdonen
sus ofensas les suplico!
Con un cubierto en la mesa
de mi padre les invito,
y volviendo nuestros ojos
á éstos séres desvalidos
que gimen entre cadenas,
dulcifiquemos unidos
sus dolores, y partamos
con ellos el pan bendito.

JUAN. (¡Es un ángel!)

CLEM. ¡Qué bondad!

MATEO. (¡Odio y venganza respiro!)

DOM. ¡Ah señora! ¡Permitid
que á vuestras plantas sumiso,
bese un padre desgraciado
sus huellas enternecido,
y recordad que pretenden
separarme de mis hijos!
¡No lo dudeis, que ya están
inícuamente vendidos!

MATEO. ¡Miserable! (Amenazándole con el látigo.)

AMP. ¡Don Mateo,
por piedad! (Interponiéndose.)

MATEO. ¿Y quién ha dicho?..

JUAN. Yo, que presencié la venta
en un rincon escondido.

MATEO. Pues bien: ¿para qué negarlo?
Es cierto, y es el castigo
que les doy por el motin

de ayer.

AMP. ¡Infelices niños!

MATEO. Vé por ellos, y que sean
á mi presencia traidos.

(Váse GASPAR.)

AMP. Don Mateo, piense usted
en que ellos, los pobrecitos,
no tienen culpa...

ALB. Que ahora,
el privarles del cariño
paternal, es moralmente
matarlos.

MATEO. Ya no es posible
remediarlo. He recibido
el dinero.

DOM. ¡Por piedad,
señor!...

MATEO. ¡No, ya no son mios!

DOM. ¡Yo le pagaré el favor
trabajando con ahinco!

AMP. La cantidad que le han dado
por ellos, la facilito
con gusto yo.

MATEO. He comprendido
el interés que usted tiene
por esos tiernos cautivos,
y eso basta para que...
yo rehuse el beneficio.

ALB. ¡Qué infamia!

JUAN. ¡Sí merecia!...

DOM. ¡Señor, por Dios se lo pido!

MATEO. ¡Llevadle de mi presencia! (A sus negros.)

DOM. ¡Ah! ¡No! ¡No! Yo os lo suplico;
¡dejadme partir con ellos!
¡Ya que su sangre ha vendido!
¡No los separeis de mí!...

ESCENA XIII.

Los mismos; GASPAR y dos niños negros, atados.

NIÑ. 1.º ¡Padre del alma!
DOM. ¡Hijos mios! (Abrazándoles.)
NIÑ. 1.º ¿Dónde nos llevan?
AMP. ¡Atados!
ALB. ¡Tiene el corazon de risco!
¡Imposible consentir!...
MATEO. Dentro de mi domicilio
mando yo, y en él se hace
mi voluntad.
DOM. ¡Dios divino!
ALB. Le doy por ellos el doble
de su dinero.
MATEO. ¡No admito!...
¡No puedo admitir! ¡Ya es tarde!

ESCENA XIV.

Los mismos; BALTASAR y comparsas piratas.

JUAN. ¡Vienen por ellos!
DOM. ¡Dios mio!...
BALT. Señor don Mateo...
MATEO. ¡Vedle!
Este es el dueño esclusivo.
ALB. No dudo que accederá
á mis ruegos, si es marino.
Camarada...
BALT. Yo venia... (Receloso.)
á traerle á usted el pico
que le adeudo, y además...
DOM. Por mis desgraciados hijos,
¿no es verdad? Pero primero
me habeis de arrancar á tiros
el corazon.
MATEO. ¡Ola! ¡Esclavos! (A los negros.)
BALT. ¡Parece que tiene brios!

ALB. ¿Puedo saber en qué precio
los ha comprado, mi amigo?
BALT. Estos y diez y ocho más,
en seis mil pesos.
ALB. Duplico
la cantidad.
MATEO. Ya es empeño.
¡A dar por ellos me obligo...
catorce mil!
AMP. ¡Habrá infame!
ALB. ¡Diez y seis mil! ¡No vacilo!
MATEO. ¡Seis mil más! ¡Veintidos!
¡No han de lograr sus designios!
Pero á condicion de que
os los lleveis ahora mismo.
BALT. ¡Vamos! Que el tiempo se pierde.
AMP. ¡Cuanto logre en efectivo
por mis joyas y aderezos!!
MATEO. ¡Cuanto vale este edificio!!
MANUEL. ¡Vamos pronto! Separadlos.

(Dentro, y acompañamiento de negros, voluntarios de la Isla, paisanos blancos, mulatos, etc., con hachas encendidas y en tumulto.)

DOM. ¡Compasion para mis hijos!!...
MANUEL. ¡Abajo la esclavitud!
TODOS. ¡Abajo!

ESCENA XV.

Los mismos, D. MANUEL, voluntarios, negros con hachas de viento encendidas.

AMP. ¡Es él! ¡Padre mio!
MATEO. ¿Qué es esto? ¿Quieren acaso
allanar mi domicilio?
MANUEL. Quieren... Lo que ya el gobierno
nacional ha concedido.
¡Oid todos!... ¡Viva España!
TODOS. ¡Viva!...
MANUEL. ¡Sois libres!
ALB. ¡Vencimos!

MANUEL. «En el nombre de Dios, la moral y la justicia, queda abolida la esclavitud!...»
¡Viva el Gobierno democrático!

TODOS. ¡Viva!

(En este momento suenan las músicas de los voluntarios, tocando la Marsellesa.)

MANUEL. Regocijaos: El himno
de la Marsellesa anuncia
la libertad al cautivo.
¡Perdon á vuestros verdugos!
¡Sois libres!... ¡Sed compasivos! (Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del primer acto; una gran mesa parada, en segundo término, á la que están sentados los esclavos.

ESCENA PRIMERA.

DON MANUEL y DON MATEO en primer término. CLEMENTINA y AMPARO sirviendo á la mesa.

MANUEL. ¡Mírela usted cuán hermosa,
y ellos cuán agradecidos!
¡De los séres desvalidos
es la hermana cariñosa!...
Que ser libres no podrán,
dicen, faltos de costumbre,
los que con tal mansedumbre
comiendo á la mesa están.

MATEO. ¡De todo cuanto aquí pasa
tiene usted la mayor culpa;
si no merece disculpa
esa abnegacion sin tasa!...
Es preciso comprender,
por más que le den mil bravos,
que el servir á los esclavos
es su clase enaltecer.

MANUEL. Quiero la Natividad
celebrar con toda pompa,
y que las cadenas rompa
la santa fraternidad.

MATEO. ¡Es hecho que le dá fama,
pero de gran trascendencia!...
Como anoche la imprudencia
de leer el telegráma...

MANUEL. Confiese usted francamente
que era de peor resultado
lo que usted habia tratado...
¡Vender á esa pobre gente!

MATEO. ¡Ola! Y gracias que ha querido
usted dar los seis mil pesos,
que era el precio de la trata,
á lo que accedió el pirata
temiendo rudos escesos;
que si no, me luzco yo!

MANUEL. ¡Pues no sabe, don Mateo,
cuánto me alegro!

MATEO. Lo creo.

MANUEL. ¡Y no me arrepiento, no!
¿Dónde hay placeres más fijos,
ni más bien, ni mejor palma,
que devolver con la calma
á esos dos padres los hijos?

MATEO. ¡Como usted no ví ninguno!
¿Y tendremos, si en efecto
se realiza ese proyecto,
que pagar á cada uno?...

MANUEL. Si señor.

MATEO. ¡Ya es otro mal!

MANUEL. Pero, hombre, seamos francos;
¿pues qué, nosotros los blancos
trabajamos sin jornal?

MATEO. ¡Buen Tiberio será este!
Mi propio interés me obliga
á establecer una Liga
de hombres grandes que proteste.

MANUEL. ¡Pues yo voy á celebrar
una manifestacion
en pró de la abolicion
y reformas de Ultramar!

MATEO. Estos serán los primeros
que su deber no comprendan,

y se pasen y se vendan
luego á los filibusteros.

MANUEL. Don Mateo, es un error
de los muchos esparcidos:
tambien son agradecidos
estos hombres de color.
Yo creo, por el contrario,
que al grito de ¡viva España!
en el bosque y la montaña
batirán á su adversario.

MATEO. Si ya ha llegado á su colmo
la medida, no lo espere,
don Manuel; lo que usted quiere
es pedir peras al olmo.
¡Ya vé usted si me he librado
de buena! ¡Milagro ha sido!

MANUEL. ¿Pero dá usted al olvido
lo mal que los ha tratado?

MATEO. ¿Quién corrige, no por cierto,
á esa gente montaraz?
¡Si el más débil es capaz!...
¡Si son tigres del desierto!...
¡Hay que cazarlos con red!

MANUEL. ¡Pues yo estoy muy satisfecho
de ellos, en el mero hecho
de que no han matado á usted!

MATEO. ¡Su argumento no concibo!

MANUEL. Pues lo diré sin reparo.
Se lo merecia ¡claro!
porque ha dado usted motivo.

MATEO. ¡Ya de los límites pasa,
y no lo consiento, no!
Aunque es verdad que si yo
he vuelto á pisar su casa,
ha sido...

MANUEL. ¿Por la amistad
que siempre le he profesado?

MATEO. No, porque habia quedado
en darme esa cantidad...

MANUEL. ¿Los seis mil pesos?

MATEO. Y el pico.

MANUEL. Venga usted, y prontamente...
¡Por libertar á esa gente
con gusto me sacrifico!

(Vánse, izquierda.)

ESCENA II.

AMPARO, CLEMENTINA y ESCLAVOS que la rodean, entre ellos DOMINGO.

AMP. ¡Amigos mios! ¡Conservad ilesa
en la memoria la merced que os hago,
partiendo de mi mesa los manjares
entre vosotros, con cariño santo!
¡Nunca más venturosa que este dia
á honrar á Jesucristo consagrado!
El dijo: «Los esclavos serán libres;»
y aunque yo nunca tuve al sér humano,
de distinto color, por siervo mio,
en veros sin cadenas me complazco.
España, esa nacion cuya hidalguia
compite de sus glorias con el astro;
cuna magna de insignes oradores
y de ilustres varones esforzados;
regida por patricios eminentes,
honra y prez de los buenos ciudadanos,
hoy á nuestras arenas abrasadas
la nueva fausta por el cable trajo
de las reformas el proyecto culto
que ha sido al Parlamento presentado.
¡No más cadenas! ¡Para siempre cese
ese comercio que deshonra al blanco!

CLEM. Ellos sabrán, señora, agradecidos,
su nombre bendecir con entusiasmo.
¡No lo dudeis! Por más que temerosos
rechacen esta idea sus contrarios.
¡Ellos consagrarán su vida entera
á la familia, al órden, al trabajo,
sin olvidar de Dios los Mandamientos,
pues todos al nacer somos hermanos!

AMP. ¡Ah! ¡Sí! ¡Sí! ¡No lo dudo, la venganza
nunca guarida tuvo en los honrados.

¡Tambien á sus verdugos Jesucristo
perdonó al espirar en el Calvario!
¡Si amigos quereis ser, jurad que nunca
con sangre hermana manchareis las manos!...
¡A Dios, que premia la virtud del bueno,
cumple tan sólo castigar al malo!
En este dia de placer fecundo,
una prueba de amor ofrecí daros.
Ya sabeis que mi padre, en seis mil pesos
á veinte de vosotros ha comprado;
entre ellos cuatro pobres criaturas,
de dos padres tambien que eran esclavos.
Pues bien: hoy que ya el mio bondadoso
á ese jóven marino quiere ufano
mi mano prometer; ya que las Córtes
vuestras cadenas van á hacer pedazos,
de hoy más en este ingenio, á nombre suyo,
¡libres todos quedais! ¡No más esclavos!

DOM. ¡Ah! ¡Señora! ¡Dejad que agradecidos
besemos vuestros piés, con celo santo!

(Todos los esclavos se arrodillan: los niños tambien, en primer término.)

Y que os demos las gracias más profundas
en union de estos niños desgraciados.
Ellos bendecirán á cada instante
los nombres de unos séres tan humanos,
y por sus vidas rogarán al cielo
con la pureza de sus tiernos años.
¿Cómo olvidar tan grandes beneficios?
¿Ni cómo de su lado separarnos?
En su ingenio estaremos, si es su gusto,
sus tierras productoras cultivando,
resarciendo siquiera de este modo
el oro que en nosotros han gastado.
Cumpliremos aquello que nos manden,
como fieles colonos, como honrados,
sin abrigar rencores contra aquellos
que eran verdugos en lugar de amos.
¡No lo dudeis! Y aquel que de nosotros
olvide su deber de ciudadano,
será por los demás reconvenido

y ante los tribunales presentado.
No abusaremos de la libre aurora
que hoy aparece en el celeste espacio;
y rindiendo á la España mil loores,
¡morir por ella con valor juramos!

AMP. ¡Os escucho altamente conmovida!...
¿Pero estais todavia arrodillados?

NIÑO 1.º Así deben estar ante los ángeles
los hijos que bendicen sus encantos.

AMP. ¡Levantad! Y vosotros, pobres niños,
de hoy más descansareis entre mis brazos;
si madres no teneis, yo, bienhechora,
prometo ser vuestro seguro amparo.

DOM. Quiere mi corazon saltar del pecho
entre raudales de copioso llanto.
¡Ah! ¡señora! Que el cielo favorezca
á unos séres tan buenos, tan cristianos.

AMP. Ahora marchad al templo, y en él, todos,
rogad á Dios con fervoroso lábio
por mi futuro enlace, y por las almas
de aquellos que os hicieron mayor daño!

(Todos los esclavos besan su mano, y salen con respeto y sumision.)

ESCENA III.

CLEMENTINA y AMPARO.

AMP. ¡Pobre gente, á sufrir acostumbrada
el carácter altivo y despiadado
de algunos que faltando á sus deberes
olvidan que los negros son hermanos!
¡Con qué afan agradecen las bondades
que en casa de mi padre han disfrutado!

CLEM. En cambio don Mateo, á cada hora
más egoista, mercader y avaro;
¡y aspiraba al honor de ser altivo
feliz poseedor de vuestra mano!

AMP. Gozoso el corazon, en este dia
el fin de sus deseos ha logrado,
porque mi padre accede á nuestra boda,

y el de Alberto tambien: gustosos ambos,
bendecirán muy pronto nuestro enlace.

CLEM. Por él os felicito, no dudando
que el marino sabrá feliz haceros
á el áncora de amor aprisionado.

AMP. ¡Creo pasos oir!... El es, sin duda.

CLEM. Es Juan, su servidor, con otros varios.

ESCENA IV.

Las mismas. JUAN y comparsas negros, con ramos y guirnaldas de flores.

JUAN. Sé que vais á ser dichosa,
y feliz me considero
porque soy el mensajero
de nueva tan venturosa.

AMP. ¡Tú dirás!

JUAN. Vuestros amores
á felicitar venimos,
y á vuestras gracias rendimos
estas guirnaldas de flores.
Vuestra deseada union
pronto se realizará...
¡Loco de júbilo está
mi señor!

AMP. ¿Por qué razon
no ha venido?

JUAN. Se ha quedado
pagando en la joyería
este aderezo, que ansía (Presentándoselo.)
adorne vuestro tocado.
Son perlas cuya blancura
no envidiará el albo seno,
de tantas virtudes lleno,
bello como el alma pura.

AMP. Juan es galante tambien,
como su amo.

JUAN. Señora,
yo comprendo que os adora,
pues sois el ángel del bien,

y que os acordeis reclamo
que de lealtad tesoro,
como ya os dije, yo adoro
todo lo que adora el amo.

AMP. Es de un gusto sin igual. (Mirando el aderezo.)

JUAN. De buen gusto goza fama.
Su anciano padre, que os ama,
os dá el regalo nupcial.

AMP. Perlas son de mis amores
y en aprecio he de tenerlas;
más son otras tantas perlas
para el alma, vuestras flores.
¡Ellas valen un tesoro!
Con celo sabré cuidarlas
y orgullosa colocarlas
en mis jarrones de oro.
Acepto vuestra espresion
y con ella me envanezco...
¡fineza que os agradezco
con todo mi corazon!
¡Clementina! Vé, al momento,
y deposita estas flores
en los floreros mejores
de mi mejor aposento.
Guialos al comedor,
y que allí obsequiados sean
en mi nombre, si desean
conquistarse mi favor.

JUAN. Estos amigos, señora,
sólo anhelan, con ternura,
tranquilidad y ventura
á vuestra alma bienhechora.
Son servidores amantes
de mi señor: han sabido
lo que habeis favorecido
á todos sus semejantes.
Ansiosos de conoceros
y de cerca contemplaros,
era su afan obsequiaros
y estas flores ofreceros.

AMP. ¡Gracias por tanto interés

y vuestra bondad sin tasa!
¡Juan, estais en vuestra casa!

JUAN. Con permiso...

AMP. Hasta despues.

(Vánse los negros por la izquierda.)

ESCENA V.

AMPARO, á poco ALBERTO.

AMP. ¡Qué gozosos todos van
sin sentir la menor pena!
¡Y qué condicion tan buena
la del pobre negro Juan!
El bien inmenso y fecundo
que consigue, no precave
el que vota porque acabe
la esclavitud en el mundo.—
¡Alberto! (Viéndole entrar.)

ALB. ¡Ya me culpabas!

AMP. No lo tomarás á enojos.

ALB. Me lo revelan tus ojos.

AMP. Sí veian que tardabas...

ALB. Albricias dáme.

AMP. Ya sé,
Alberto, por qué lo dices.

ALB. Pronto seremos felices.
Tu padre á mi casa fué.
No creí simpatizaran
tanto, y hasta quiso Dios
que en política los dos
de igual manera pensaran.
Tu padre al mio le dijo:
«Preciso es que usted elija:
yo tengo un ángel por hija,
y usted un noble por hijo.
Abrigan hondas raices
sus pechos enamorados:
ó hay que hacerlos desgraciados
ó hacer á los dos felices.
¡Sentiré que no le cuadre

mi pretension! El hacer
feliz á un hijo, es deber
imprescindible de un padre.
Le acepto para su esposo:
ella es honrada, yo rico,
por lo tanto le suplico
que acceda tambien gustoso...»

AMP. ¿Y entonces?

ALB. Entusiasmado,
por levantarse luchaba
del sillon á donde estaba
mi pobre padre postrado,
y esclamó. «¡Quisiera darle
una prueba de que accedo
gustoso, pero no puedo
cual deseara abrazarle!»
Al oirlo don Manuel,
una lágrima vertiendo,
de compasion, fué corriendo,
y un abrazo le dió á él.

AMP ¡Pobre anciano!

ALB. Mientras, yo,
presenciaba aquella escena,
y fué terrible la pena
profunda que me causó!

AMP. Preciso será á la vez
que como buenos cumplamos,
y que el báculo seamos
de su achacosa vejez.

ALB. ¡Eso de tu amor espera
mi corazon con anhelo!

AMP. ¡Seré el ángel de consuelo
que vele á su cabecera!

ALB. ¡Ah! La gran felicidad
que á nuestra vida se ofrece,
¡que es un sueño me parece!
¡No la creo realidad!
Y es que tú por todas partes,
como el ángel de concordia
y de la misericordia,
la felicidad repartes.

Tú mitigaste las penas
de los séres afligidos,
tantos años oprimidos
por sus pesadas cadenas.
Tú, con estrema bondad,
dando de virtud ejemplo,
conviertes la casa en templo
de santa fraternidad.
Y el que vá del bien en pós
sembrando ricos tributos,
recoje los santos frutos
de la bendicion de Dios.

AMP. ¡De toda alma bien nacida
es un deber sacrosanto
endulzar el triste llanto
de la gente desvalida!
¡En ello mi dicha fundo!
«Haz bien sin mirar á quien,»
¡Alberto, que el hacer bien
es el mayor bien del mundo!
¡Si vieras hace un momento,
llorando á mi alrededor
á esos hombres de color,
víctimas del sufrímiento,
postrados con humildad,
de pasion sus almas llenas,
al oir ¡no más cadenas!
¡Mi padre os dá libertad!

ALB. ¡Libertad! Dulce palabra
que calmará sus agravios,
y que al salir de tus lábios
¡la dicha de tantos labra!
Yo tambien, pues conseguí
mis amantes desvaríos,
la libertad á los mios
en nombre tuyo les dí.
El júbilo que sintieron
les conmovió de tal suerte,
que ansiosos de conocerte
á saludarte vinieron.

AMP. Sus obsequios admití,

con afecto cariñoso,
y este aderezo precioso...

ALB. Que es muy poco para tí,
lo sé.

AMP. ¡No seas tirano!
y al llamártelo, me fundo.
¡Esta joya vale un mundo!
porque viene de su mano.

ALB. Es de un padre agradecido
que te demuestra su amor.

AMP. Pues no le escede en valor
la que más precio ha tenido.

ALB. A tu padre saludar
rendidamente deseo.

AMP. Vamos, que con don Mateo
en su despacho ha de estar.

ALB. ¿Y consiente todavía
en verle y en saludarle?

AMP. Tiene un dinero que darle...
¡Ya conoces su hidalguia! (Vánse.)

ESCENA VI.

JUAN y esclavos. CLEMENTINA, despues DOMINGO.

JUAN. Esta casa, hermanos mios,
ha sido siempre el santuario
de lo justo y lo moral,
y el consuelo del esclavo.
En ella un ángel habita
que tiene por nombre Amparo.
Ya lo habeis visto, su rostro
virginal, lleno de encanto,
es el espejo del alma
que vela por sus hermanos.

CLEM. A su buen padre debemos
la libertad hace años.

JUAN. Pretestan los enemigos,
á sus ideas contrarios,
que nosotros no sabemos
ser libres: ¡baldon nefando!
¿Qué sér en el mundo habrá,

que se tenga por humano,
que desconozca y no sepa
apreciar los fueros santos
del hombre, en esta avanzada
época que atravesamos?
El negro de hoy, lo mismo
que les sucede á los blancos,
no es el autómata simple
de hace veinte ó treinta años.
Hoy las corrientes eléctricas
la ilustracion han llevado
á los puntos más remotos,
mil conmociones causando.
Hoy, en fin, los negros somos,
no máquinas del trabajo,
sino hombres, y debemos
de disfrutar, por lo tanto,
la libertad que concede
á los súbditos honrados
la Constitucion que rige
en el suelo castellano.

CLEM. ¿A quién no le parte el alma,
que presuma de cristiano,
la venta inícua que ayer
habia verificado
don Mateo?

JUAN. ¡Es un canalla,
digno sólo del escarnio
y el desprecio! ¡Dios sus culpas
castigará!

CLEM. ¡Dónde un cuadro
más desolador!

JUAN. ¿Y el hecho
de don Manuel?... ¡Cuán ufano
la libertad ha devuelto
hoy á todos sus vasallos!
¡Compañeros! Que jamás
os olvideis, siendo ingratos,
de los séres que trabajan
por redimir al esclavo.

NEG. 1.º ¿Y qué podemos hacer

por su bien, y el suelo pátrio
do nacieron? ¿Por los hombres
que libertad nos han dado?

DOM. (Saliendo seguido de esclavos.)
¡Yo os lo diré, hermanos mios!

TODOS. ¡Domingo!

DOM. ¡Oid! ¡Acercaos!
¡Sabeis que la gratitud
en los buenos ciudadanos
es un deber que engrandece
las almas!

JUAN. ¡No lo negamos!

DOM. ¡Sabeis que por ellos hemos
la libertad alcanzado
de nuestros hijos! Su sangre
les pertenece.

JUAN. ¡Es exacto!

DOM. Los enemigos que abogan
por la esclavitud, llevados
de su ambicion, les han hecho
creer á los más incautos
y bajunos mercadères,
nuestras virtudes negando...
¿sabeis qué? Que si el proyecto
se vota de emanciparnos,
las Islas se pierden.

JUAN. Sí.
Es verdad. Eso han osado
decir.

DOM. Los grandes, unidos,
intentan por medios varios
humillar á los pequeños.

JUAN. ¡Como siempre! ¡Si son malos!

DOM. ¿Quereis un mentis lanzar
á esos hombres depravados,
siguiendo el ejemplo mio,
aunque me veis tan anciano?

TODOS. ¡Sí!

DOM. Pues marchemos.

JUAN. ¿A dónde?
Recordad que hoy que gozamos

de libertad, es el dia
que estamos más obligados
á respetar al vencido
y á perdonar sus agravios.

DOM. Incapaz soy de emprender
lo que pueda denigrarnos;
siempre los libres instintos
á mi corazon guiaron,
y el que blasona de libre,
antes que nada es honrado...
¡Pronto volvemos! ¡Seguidme!

JUAN. ¿Qué intentas hacer, Domingo?

DOM. ¡Nada temais! Juan, no trato
de promover un desórden.

JUAN. ¿Nos lo prometes?

DOM. Sí.

JUAN. ¡Vamos! (Vánse.)

ESCENA VII.

CLEMENTINA, á poco D. MANUEL y D. MATEO.

CLEM. Sentiré que en este dia,
para todos de entusiasmo.
algun abuso cometan
de funestos resultados.

MANUEL. ¡Ahí lleva usted, don Mateo,
la cantidad!

CLEM. (¡Qué bigardo!)

MANUEL. Seis mil pesos en billetes,
y el pico todo en metálico.

MATEO. (Al ménos ya aseguré
el negocio, pues aun gané
más de lo que yo pensaba.)
Confiese usted, sea franco,
que para el comercio soy
una alhaja.

CLEM. (¡Sí, de estaño!)

MANUEL. Crea usted que no le envidio
las ganancias.

MATEO. Yo no alcanzo
esa popularidad

que usted; pero me complazco
en doblar mi capital,
que es lo que interesa... ¿estamos?
Eso de hacer sacrificios
por idiotas, por ingratos,
á costa de su dinero,
don Manuel, no se lo aplaudo.
¡En todo es usted lo mismo,
tan inocente, tan cándido!
Apuesto á que casa usted
con su hija ese muchacho,
y encima les dá una dote
de cien mil pesos!

MANUEL. El caso
no es para ménos.

MATEO. ¡Si digo
que es usted lo más pacato!
¡Haber despreciado á un hombre
como yo, que al fin y al cabo
tengo crédito en la Isla
y soy todo un propietario!
¿Y por quién? Por un teniente
de Marina.

MANUEL. No es exacto.

MATEO. ¿Cómo que no?

MANUEL. Porque dentro
de poco tendrá el despacho
de capitan.

MATEO. ¡Es lo mismo!
¡No pasa de un pobre diablo!
Pero en fin, usted se empeña
en hacer todo al contrario
de los demás; no me estraña
que el mejor dia á este paso
declare la bancarota.

MANUEL. No me faltará algun Banco
donde acudir, con el fin
de evitar ese fracaso.

MATEO. ¡Eso es lo que tiene usted:
todo lo encuentra tan llano!...
¡Lo mismo le vá á pasar

en la cuestion del esclavo!
Dé usted libertad á esos
hombres, que defiende tanto,
y verá qué bien le pagan;
al filibustero dando
su apoyo.

MANUEL. ¡Ya no hay remedio!
He prometido salvarlos,
y lo cumpliré. Si faltan,
ellos serán los ingratos.

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, AMPARO, á poco ALBERTO.

AMP. ¡Padre mio! (¿Todavía
este hombre aquí?)

MATEO. ¡Bella Amparo! (Saludando.)

(AMPARO, dirigiéndose á ALBERTO, que sale.)

AMP. Alberto, decia usted...

MATEO. (¡Tambien él!)

AMP. (¡Estoy temblando!)

ALB. Señor don Manuel, mi padre
saludarle me ha encargado
en su nombre.

MANUEL. Luego, juntos,
iremos á visitarlo.

MATEO. Mi cordial enhorabuena
doy á los afortunados
y prometidos esposos.

ALB. Agradezco el agasajo.

AMP. Mira, papá, lo que el padre
de Alberto me ha regalado.

MANUEL. ¿Un aderezo? ¡Es magnífico!...

ALB. Siente mucho el pobre anciano
no haber podido venir;
pero en el lecho postrado
del dolor...

MANUEL. ¡Siento infinito
el motivo, porque es harto
sensible! Mucho agradezco
su regalo, y es más grato

para mí, porque á mi hija,
galante, lo ha dedicado.

ALB. Perdone usted, don Manuel:
es de un valor tan escaso...

MANUEL. No por cierto: para mí,
es de un precio extraordinario.

MATEO. Todo en esta casa está
felicidad respirando.
Los amantes satisfechos;
en libertad los esclavos,
y don Manuel, orgulloso,
recreándose en sus lauros.

MANUEL. Nunca más feliz que hoy,
que me veo rodeado
de mis hijos, y que pude,
honor á mi pátria dando,
redimir del cautiverio
á séres tan desgraciados.
¡Loor á España!

MATEO. ¡Verán
qué terrible desengaño!

VOCES. ¡Viva España! (Dentro.)

TODOS. ¡Viva!

CLEM. ¡Cielos!

MANUEL. ¡Esas voces!

MATEO. Ya ha empezado
el motin: de fijo harán
una de pópulo bárbaro.

VOCES. ¡Viva la pátria
de Hernan Cortés y Pizarro!
¡Viva!

ALB. No teman ustedes.
Los negros, entusiasmados,
se dirigen hácia aquí,
la bandera tremolando
de España!

TODOS. ¡Viva el Gobierno
de la Nacion!

VOCES. ¡Viva!

MANUEL. ¡Cuánto
goza el corazon, al ver

júbilo tan espontáneo!

(JUAN, saliendo con los negros y una bandera grande española, pero arrollada.)

ESCENA ÚLTIMA.

LOS MISMOS. JUAN y comparsas negros, él con la bandera nacional.

JUAN. ¡Hermanos mios! Venid,
y á los piés arrodillaos
de nuestro ángel salvador,
de su hija, nuestro amparo.

MANUEL. ¡Levantad! ¡No os quiero ver
á mi vista prosternados!
¿De dónde venís?

JUAN. Venimos
de mostrar nuestro amor pátrio
á la España, de ofrecerla
nuestra sangre en holocausto.
Ella, la culta nacion
de oradores afamados,
como Emilio Castelar,
á quien todos veneramos;
cuyas palabras son perlas
que estas Islas admiraron,
devuelve la libertad
á los que sufren esclavos.
En guerra con ese fiero
vandalismo, hace ya años,
necesita defensores
aguerridos y esforzados;
y para dar un mentís
á los ciegos partidarios
de la esclavitud, que dicen
han de ser hijos ingratos
los que á la España le deben
cuanto hay de bello y preciado
para el hombre, muchos de ellos
ya los fusiles tomaron
en su defensa, y serán
los más fieles voluntarios.

MANUEL. ¿Se convence usted ahora (A MATEO.)
de que estaba equivocado,

don Mateo? ¿No vé usted
los efectos más contrarios?

MATEO. No juzgue usted, don Manuel,
por los hechos de unos cuantos.

MANUEL. Yo, en nombre de la Nacion,
doy las gracias á esos bravos
y agradecidos patriotas,
dignos del bien que han logrado.
Los que piensan de ese modo,
libres son, no hay que dudarlo:
de hoy más en nuestra bandera,
en letras de oro estampado,
verá el universo entero:
¡Libertad! ¡No más esclavos!
¡Abajo el comercio impío
de la sangre humana!

TODOS. ¡Abajo!

JUAN. ¡Viva nuestro protector!

TODOS. ¡Viva!

MANUEL. ¡Sellad vuestro lábio!
Los vítores que dais á mi persona,
á ese rico trofeo prodigadlos.

(Señalando á la bandera, que á este tiempo habrán desplegado.)

Bendecid y adorad esta bandera,
de todo buen patricio emblema santo.
Es la que brava dominó altanera
en San Quintin, Pavía y en Lepanto.
Es la que al frente de Isabel primera
al moro de Granada causó espanto.
Es la que el Gran Colon os trajo ufana,
en la Niña, la Pinta y Capitana.
¡La que en sus paños de amarillo y rojo
el brillo ostenta de radiantes glorias,
que llevaron sus huestes con arrojo
á ornar con el laurel de mil victorias!
¡Yo á vuestros hijos á su sombra acojo,
sin cadenas, al hombre infamatorias!
¡No más esclavitud en las Antillas!
¡Viva la patria de las dos Castillas!

FIN DEL DRAMA.

PUNTOS DE VENTA.

En Madrid en las librerías de la *Viuda é hijos de Poupart*, calle de la Paz, 6, y *Viuda é hijos de Cuesta*, calle de Carretas.

Los representantes de la Galería dramática El Teatro, son los esclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion.